

¿Desindianización o re-indianización? Procesos identitarios

Liliana Gómez Montes
Universidad Mayab-Mérida
México

1

Hace trece años llegué al estado de Oaxaca para trabajar como profesora investigadora en la Universidad del Mar, en Bahías de Huatulco, Oaxaca. Elegí este estado de la república mexicana por su alta presencia indígena. Se hablan 16 lenguas, además del castellano. Es el segundo estado con mayor biodiversidad de México¹. Resultando ser un estado muy rico y muy pobre².

Al iniciar mi curso, suelo preguntarles a los jóvenes quiénes se identifican como indígenas. Siempre me ha llamado la atención que sean muy pocos los que responden afirmativamente. Por ello en el 2015 decidí hacer una investigación dentro del aula, acerca de la percepción que tienen de sí mismos. Armé un cuestionario que apliqué a dos de mis grupos. Son 55 estudiantes los que participan en esta investigación. Les pregunté sobre la región de la que vienen, si su familia es indígena, si se identifican como indígenas, si en su familia se habla alguna lengua indígena, si ellos/as la hablan si hay migrantes en su familia, si tienen tierras, si siembran, qué siembran, qué comen cuando están reunidos con la familia y algunas de sus diversiones. La mayoría vienen de comunidades indígenas cercanas (73%), tenemos un pequeño grupo de excepción que son los afrodescendientes (2%), otros que han llegado de diferentes estados del país (5%), además de un 15% que son oaxaqueños de ciudades o pueblos nuevos, sin arraigo ancestral definido.

¹ El primero es Chiapas.

² Según el CONEVAL (Consejo Nacional de la Política de Desarrollo Social) el índice de situación de pobreza en Oaxaca es de más del 60%,

2

Lo primero que me encontré es que todos y todas están conectados al internet y utilizan su teléfono celular no sólo para hacer llamadas, también es el medio para escuchar música y conectarse a las redes, lo que los diferencia de las generaciones previas, como sucede en gran parte del mundo. Fenómeno social que ha cambiado la vida de los jóvenes, no sólo de los indígenas.

Nuestros estudiantes son jóvenes muy cercanos a sus familias, aunque al llegar a vivir a Huatulco, donde se encuentra la universidad, comienzan a vivir solos. Los lazos suelen ser muy fuertes y el celular se ha convertido en el medio de contacto permanente entre los grupos familiares.

En la universidad destaca la matrícula femenina sobre la masculina. En mi grupo de estudio 76% son mujeres, ante un 24% de hombres. El incremento de mujeres universitarias en Oaxaca es notable, con frecuencia ello responde a que los varones de la familia han migrado a Estados Unidos para trabajar. La migración es una de las primeras evidencias de la alta marginación que se ha vivido en las comunidades desde varias generaciones, por lo que ir a trabajar al otro lado de la frontera se ha convertido en la mejor opción para muchos de ellos. Su visibilidad dentro de las estadísticas generales es borrosa, no siempre es claro en la clasificación de los migrantes su pertenencia indígena, ya que quedan registrados bajo la categoría de campesinos.

Los indígenas, desde la llegada de los colonizadores españoles en el siglo XVI hasta la actualidad, han vivido una continua agresión a su identidad, costumbres, formas de conocimiento y expresión de sí mismos. Su trabajo no es valorado y han debido luchar por defender sus tierras y sus recursos, así como el valor de su trabajo.

A mediados del siglo XX en México se evidenciaron cambios notables, ya que por un lado se observaron desplazamientos masivos de la provincia a los centros urbanos más dinámicos del país y, por otro, se desarrollaron políticas indigenistas, que se acercaron a las comunidades periféricas, interviniendo en sus procesos organizacionales y educativos. A través de instituciones como el Instituto Nacional

Indigenista (ahora CDI), observamos que se realizaron algunas de las políticas homogeneizantes del Estado moderno, que claramente han buscado hacer tabla rasa de su pasado y de sus identidades distintivas. (Hernández, 2015; Bonfil, 1989)

El proyecto indigenista ha buscado la adaptación del colonizado, negando su especificidad como una expresión valorada del ser. La presencia de lo indio, sea en su persona, en su cultura o en sus expresiones materiales, se maneja como algo ya muerto. Si se exalta algún aspecto de su mundo, es sólo en el papel, como sus pirámides o códices por ejemplo, que se ven sin relación con los pueblos vivos.

La educación se nos ha presentado a los mexicanos como una oportunidad para escalar socialmente o, por lo menos, como una vía para salir de la comunidad y realizar trabajos mejor remunerados. En México la educación es obligatoria, laica y gratuita, aunque no siempre. Pero también es una vía para homogeneizar el conocimiento y la visión del mundo. Los proyectos educativos gubernamentales no suelen apoyar la educación bilingüe y son los promotores del epistemicidio de los diversos saberes. Si los jóvenes hablan alguna lengua indígena, es porque en su casa se comunican con ésta. En nuestro estudio hablan una lengua indígena únicamente un 23.6% de los estudiantes. Podemos observar que si bien estas lenguas las hablan sus abuelos o sus padres, muchos de ellos decidieron no enseñársela a sus hijos, para evitar que fueran víctimas de la discriminación. La lengua que más se habla en esta universidad es el zapoteco (42%), pues en la región del Istmo (que está al sur del estado), es donde viven algunas comunidades zapotecas, que poseen una identidad positiva muy fuerte.

La ausencia de una clara identidad étnica indígena de parte de nuestros estudiantes tiene profundas implicaciones, pues se ha roto el tejido que permitiría una identidad afirmativa, capaz de enunciar con alegría un “nosotros” que se vincule con su riqueza histórica y cultural. Los grupos indígenas ahí están, sin articularse identitariamente. Quiriendo borrar sus especificidades para participar en un mundo que tampoco quiere reconocerlos a pesar de sus renuncias. Dejan su lengua, dejan su ropa, para no ser señalados. En estos trece años de colaboración en esta universidad enclavada

en una de las arterias del estado con mayor presencia indígena, sólo ha habido una estudiante que cotidianamente utilizaba ropa característica de su comunidad y hablaba perfectamente su lengua. Aquella joven mixteca tenía un fuerte compromiso, pues su mismo pueblo la reconocía casi como una princesa, como ella misma relataba.

La universidad del Mar en donde nos encontramos, según su “Modelo de universidad para el desarrollo” –como dicen sus documentos oficiales-, participa de los proyectos gubernamentales, en los que se busca homogeneizar a sus estudiantes, bajo un programa de corte occidental, en el que se afirma que se trata de un proceso “unificador de validez universal”. Por lo que encontramos que los programas responden a esta expectativa, por ejemplo: la enseñanza de los idiomas la imparten profesores nativos de Europa, Estados Unidos, Canadá y China; sin que sea posible que se abra un lugar para la enseñanza y difusión de alguna de las lenguas indígenas que se hablan en Oaxaca. Asimismo, la institución se negó a que una especialista en el tema de Derechos colectivos de los pueblos indígenas nos diera un taller sobre este tema, a estudiantes y profesores, teniendo que desarrollarlo fuera del campus universitario.

Los jóvenes de este estudio han reconocido en un 60% que sus antepasados son indígenas, tanto por sus padres como por sus abuelos; sin embargo, un 60% también dijo no identificarse como tales. Lo que nos arroja la evidencia de que la identidad es algo que se construye, se inventa, y va modificándose según el contexto y las experiencias. Que el proyecto indigenista nacional ha impactado a las comunidades, a través de la pobreza y la marginación, y que los medios a través de los cuales se les golpea con un discurso occidentalizante y colonizador, va dejando su huella en todos ellos. Es interesante a su vez identificar que a estos jóvenes se les direcciona con mayor fuerza desde su vínculo familiar más íntimo, pues es en casa en donde se deja de reafirmar esta identidad ancestral. Estos jóvenes apenas si empiezan a asomarse al mundo y no han experimentado por cuenta propia las respuestas sociales ante una identidad indígena firme. La familia, al dejar de transmitir la lengua y muchos otros conocimientos sobre la tierra y la comunalidad, participan del epistemicidio que

empobrece aún más la comprensión del contexto donde se vive, dentro de sus comunidades y dejan de lado formas de organización que finalmente han demostrado a lo largo de los años ser más eficientes que las formas de organizarnos en las ciudades. Por ejemplo, en estos tiempos en los que la delincuencia organizada se filtra por todos los resquicios posibles, son las comunidades con mayor arraigo y fuerte organización comunitaria las que mejor han resistido este factor de descomposición social. Podemos verlo con los zapatistas en Chiapas, o en comunidades como Cherán en Michoacán, o en algunas otras de la mixteca de la costa en Oaxaca, en donde los mismos indígenas han sido quienes resguardan la seguridad de sus comunidades.

Comprendemos que este proceso de desindianización, es decir de modificación de la identidad particular y distintiva de cada grupo, no implica necesariamente un proceso de mestizaje biológico. Por un lado, nuestros jóvenes suelen casarse con otros jóvenes de comunidades aledañas a su lugar de origen o, incluso, entre compañeros universitarios de comunidades afines. También tenemos un alto número de embarazos juveniles, en tanto son estudiantes, resultado de una tradición rural aún muy arraigada, pues a pesar del horizonte que podría abrir la educación universitaria, con frecuencia no se proyectan a sí mismos fuera de sus costumbres.

También resultó interesante observar que en un 95% los estudiantes tienen familiares que aún siembran maíz para el autoconsumo y que en sus fiestas de fin de año, al reunirse la familia, las variedades en las que el maíz estuvo presente, expresa la larga y profunda relación que se tiene con este grano. Entre las comidas que prepararon para sus fiestas dijeron que estuvo el atole, los tamales, las tlayudas, los sopos, las tortillas, el pozole, las tostadas, los tacos, el *gueta binguí* y los totopos. Es innegable que aún está muy arraigada su relación con la milpa, una forma ancestral de cultivar la tierra, en la que el maíz es el protagonista.

3

Por los años que he trabajado con estos jóvenes, tal vez también por ser ciudadana y mi formación humanista, es que puedo tener una mirada con cierta distancia y observar que, en su gran mayoría, los estudiantes son parte viva de sus comunidades indígenas, aunque ellos y ellas, ya no sepan si son o no indios.

Después de aplicar el cuestionario, muchos estudiantes me dijeron que los puse a pensar en cosas que antes no se habían planteado, que incluso les surgió la duda de si son o no indígenas. Cuando una de mis alumnas expuso en clase de Historia acerca de los Derechos indígenas, me dijo que antes no había sabido qué responderme, pero que ahora sí sabía: “y sí, soy indígena chinanteca” me dijo. Fue muy buena su exposición, no hay cómo encontrarle sentido a lo que se estudia para motivarse.

He observado que el tema del ser indígena es un tema escurridizo fuera de la academia, en la vida cotidiana de las comunidades, lo que yo comprendería como “indígena”, para ellos podría denominarse con el término de zapoteca, mixteco, o chinanteco, istmeño, costeño o vallista, es así como ellos definen su identidad.

Son conceptos que se construyen fuera de las comunidades para nombrarlos y, cuando lo incorporan, podemos encontrarnos un discurso como el que escuché en una ocasión en un transporte colectivo, cuando una señora me explicaba que antes usaba la ropa tradicional, y me dijo “yo antes era indita, ahora ya no”.

¿Cómo apoyar a estos jóvenes ante este mundo desigual que los violenta?

Es muy satisfactorio como profesora aportar elementos que los ayuden a reconocerse, a ser sujetos que tomen una posición ante la sociedad, pues la sociedad ya los ha clasificado y esto no deben ignorarlo ahora que salgan al mundo laboral. Es muy importante que conozcan acerca de sus derechos, así como ser capaces de dismantelar los discursos de la discriminación. Así mismo dentro de los contenidos de clase hacemos énfasis en los procesos de colonización histórica de México, de ayer y hoy, así como del epistemicidio al que se han visto sometidas sus comunidades al negarse el

valor de los conocimientos ancestrales. Es importante darles elementos para que encaren la diferencia y sean actores de una vida democrática, que tanta falta nos hace.

Tenemos el compromiso con estos jóvenes de incentivar prácticas y discursos descolonizantes si no queremos reproducir la lógica de la colonialidad actual. Es epistemológicamente necesario y políticamente urgente, la reflexión y su acción. Cualquier espacio, cualquier resquicio habrá que tomarlo.

Observamos que el proceso de desindianización de nuestros jóvenes, es la materialización de las fuerzas etnocidas que han golpeado desde hace ya casi 500 años a los grupos comunitarios de Oaxaca, impidiéndoles la continuidad histórica específica, obstruyendo el disfrute de los beneficios que puedan traer los tiempos actuales, preservando su diferencia. Esto ocurre en lo ideológico pero también los golpea en lo material.

Intentamos ejercer la desobediencia epistémica, como sugiere el semiólogo argentino Suárez-Krabbe (Puentes, 2015). Una vez que terminé el borrador de esta ponencia, me reuní con mis estudiantes para leérselas, necesitaba construir un puente entre mi percepción y sus respuestas, para ir más allá de una tradicional actitud extractiva en la que nada o poco se les devuelve. También para realizar junto con ellos el ejercicio de un estar adentro y afuera de la configuración discursiva. Y este es el resultado, que espero sea también de su interés.³

© **Liliana Gómez Montes**

³ Este trabajo de investigación también es resultado del Seminario: Descolonización, género e indígenas, que venimos trabajando con algunas colegas en la Universidad del Mar, en Huatulco, Oaxaca, 2014 - 2016.

Fuentes de información

Bonfil Batalla, Guillermo *México profundo. Una civilización negada*. México, Grijalbo, 1989.

Hernández Morales, María Eugenia “La etnicidad cuestionada: Ancestralidad en las hijas e hijos de inmigrantes indígenas oaxaqueños en Estados Unidos” en *Migraciones Internacionales*, Vol. 8, Núm. 2, Julio-diciembre, 2015. Pp. 133-163.

Puentes, Juan Pablo “Descolonización metodológica e interculturalidad. Reflexiones desde la investigación etnográfica” en *RELMECS*, vol. 5, No. 2, diciembre, 2015. Pp. 1-19.

De Sousa Santos, Boaventura *Descolonizar el saber. Reinventar el poder*. Ediciones Trilce, 2010.